

# VALORES NECESARIOS PARA VIVIR LA PROFESION MILITAR

*"La sangre se hereda y la virtud se adquiere, pero la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale"*

CERVANTES

## **E** L VERDADERO SOLDADO ES PERSONA

convencida, que comprende la utilidad y la necesidad de la función que desempeña, y se dedica a cumplirla con puntual energía.

Desde que el mundo existe, es conocida la carrera de armas. Ha dado lugar a terribles abusos; pero ¿de qué cosa, digna en sí de respeto, no han abusado las pasiones y la ceguedad de los hombres? Nuestro deber es examinar siempre todo y conservar lo mejor, apartando lo malo.

El militar es hombre que lleva armas. Representa la fuerza defensiva y ofensiva, protectora y vengadora. El arma es un medio, y toda fuerza o ingenio de guerra es un instrumento. ¿Cómo ha de emplearse?, esa es la cuestión. Que sea necesaria y, por consiguiente, que hagan falta hombres que se adiestren en su manejo, no hay que dudarlo.

No existe ejemplo en la creación, ni entre las plantas, ni entre los animales de existencia sin medios de defensa. En una u otra forma, toda criatura se protege, pone a resguardo su vida, se defiende. Es posible nuestra vida únicamente porque está al abrigo de las fuerzas destructoras. Sin cuidado ni defensa, sería pronto presa de todas las causas que producen enfermedades, infecciones y achaques, que nos rodean.

Cualquier nación se halla en las mismas condiciones que un individuo. La defensa nacional se impone como necesidad la más apremiante. Sin defensa, la nación más próspera y honrada correría el riesgo de caer, un día u otro, bajo el yugo de una vecina audaz y bien armada. Los ciudadanos han de penetrarse, pues, de la idea del deber militar. Un ejército bien orga-

nizado es antemural de la Patria. Ninguna honra puede compararse a la de ser piedra viva y firme de esa muralla.

Como todo oficio exige aprendizaje, es preciso, por ello, que el ciudadano aprenda a ser soldado. Y como todo oficio supone una tradición, una ciencia especial y un arte, no se podría prescindir de hombres experimentados en los asuntos militares. Para que obren en conjunto una gran cantidad de armas y de voluntades humanas, hace falta método riguroso y gran unidad de acción, lo que no podría lograrse sino mediante la disciplina.

La disciplina es la ley aceptada y aplicada como regla de conducta; generalmente se habla de fuerzas disciplinadas e indisciplinadas. La disciplina es todo un conjunto de buenas cualidades más que una cualidad especial.

Toda la felicidad de los hombres depende por entero de la posibilidad de ser dichosos. Entre los casos que aumentan la posibilidad de ser dichosos figura la de estar ocupados de ordinario, la vida seria y llena de cosas, la obligación de aportar cierta suma de esfuerzos. Cabe hacerse la siguiente pregunta ¿cuándo se tiene el corazón más alegre? Cuando se trabaja bien. Entonces es cuando el espíritu, como resorte puesto en tensión, se distiende con fuerza y la alegría llega al colmo.

Si la dicha es un tesoro que se adquiere a costa de esfuerzos, la disciplina contribuye a ella, la proporciona, la garantiza y mantiene. Nadie lo sabe mejor que el soldado. ¿Cómo se podría tener sujetas tantas voluntades jóvenes y ardientes, entre las que además hay algunas malas cabezas, si no las contuviera una firme disciplina? En tiempo de paz, el militar se acostumbra, por tanto, a la disciplina, de la que no podrá prescindir en tiempo de guerra, puesto que al menor desorden viene la catástrofe. En general, tanto en paz como en guerra, es proverbial la



**Vicente Martín-Pozuelo Agustín**

*Coronel de Aviación  
Licenciado en Económicas*

alegría del soldado, de tal suerte, que cuanto más obedece a la disciplina, mejor le cae esa valerosa alegría.

Es muy importante no esperar a que las circunstancias nos obliguen a imponer reglas. Es necesario anticiparnos e incluso imponerlas por nuestra propia voluntad. Hagamos con orden nuestra actividad para lo cual se precisa de la puntualidad y de la obediencia.

Resulta generalmente aceptado, que nuestros bienhechores más grandes son los que nos habitúan a mantenernos derechos, a andar con paso firme, a tomar a nuestro cargo responsabilidades, a doblegar nuestro capricho a una regla y a hacernos gentes disciplinadas y obedientes a la consigna.

Es conveniente resaltar que a todas las ventajas de la disciplina, se ha de añadir la de ser excelente sostén de la voluntad. La experiencia más ligera de la vida basta para enseñarnos que la voluntad no tiene siempre la misma energía; su intensidad varía. No tenemos en todo momento energía igual en nuestras resoluciones. Por prudencia, conviene desconfiar un poco de nuestros medios y adoptar precauciones contra las debilidades y los malos pasos. La disciplina, que nos encierra en firme regla, nos presta el servicio de antepecho y de apoyo. El día en que nuestra voluntad presente no basta, la que tuvimos ayer y anteayer suple la falta.

La disciplina, forma y templea la voluntad, da firmeza al carácter, de suerte que el hombre se hace tranquilo y sufrido. Se prepara mejor para resistir el golpe de acontecimientos contrarios, y se deja abatir con menos facilidad. Como conclusión a esta reflexión, se puede manifestar que la disciplina es amigo del hombre y no su enemiga. Es amiga severa no demasiado cómoda y que quiere que seamos mejores. Razón de más para que la obedezcamos.

Hay personas cuyo carácter es de caña, que al primer esfuerzo se parte. Los hay en que el metal está mezclado con carbón, y de los que no puede uno fiarse. En ciertos momentos, bajo la presión de la desgracia, de la voluptuosidad, de voluntades extrañas, se rompen. Hay, por el contrario, caracteres bien templados, en que el acero es reluciente, ni se oxida, ni se parte, que lo mantienen limpio de polvo y paja. A esto hay que llegar mediante la disciplina.

Pero toda disciplina no es más que un cuerpo sin alma, si tras de ella no se oculta la justicia, la inteligencia y la bondad. Es preciso que el profesional que trate de forjar de acero nuestros caracteres, esté al mismo tiempo poseído de amor a la humana naturaleza.



**S** I LA DISCIPLINA TIENE UN LADO ASPERO y más bien negativo, representado por la prohibición, la coacción, la oposición, tiene también otro por el que anima, evoca ideas, crea iniciativas. Todo lo bueno que hay en nosotros recibe sus cuidados, sus alientos, llega a su máximo desarrollo. La bondad de los educadores fuertes, capaces de entender las almas y de dirigir las, despierta en ellas lo mejor que encierran, hace surgir en cada uno lo que tiene de noble, varonil y heroico. No sirve para matar nuestra voluntad, sino para ayudarnos a luchar. Toca en el hombro del caballero que dormita en cada uno de nosotros y le arma para las



grandes luchas, para las acciones generosas.

Cuando se quiere de verdad hacer algo hay que poner el máximo empeño para conseguirlo y existe una cualidad esencial que es la constancia, elemento decisivo que nos vuelve obstinados, perseverantes, tenaces, inquebrantables en los empeños. El hombre constante sabe levantarse de sus caídas, sigue con la actitud de mejorarse a sí mismo, ha aprendido a esperar y no se desalienta cuando llega la prueba, el momento difícil o el cansancio.

Habiendo tomado una determinación concreta, la constancia conduce a no interrumpir nada ni darse por vencido, a pesar de las dificultades que surjan, ya sean internas o externas. Hay que tener visión de futuro, captar una panorámica que se adelante al porvenir, para combatir los cansancios normales que cualquier tarea conlleva en su realización.

El hombre fuerte ha sido siempre admirado en todas las culturas. Las grandes gestas, la coherencia de vida, los ideales nobles por los que uno es capaz de vivir y morir, siempre han servido de estímulo para muchos; han servido como puntos de referencia hacia los que cualquier persona se ha sentido atraída. Frente a la heroicidad de las grandes aventuras personales, es preferible la valentía audaz de la constancia, aunque no se vea ni brille, pero en cualquier caso, decisiva en la mejor biografía que se precie.

Es conveniente que cada cual se haga el siguiente razonamiento: "Mi Patria es, en conjunto, lo que más quiero. Quiero que sea independiente y próspera. Luego es necesario que sea fuerte y apta para defender su libertad y sus intereses. No siendo esto posible sino por medio de un ejército cuidadosamente preparado, formaré parte de él y cumpliré mi deber en el puesto en que por este título me corresponda hacerlo".

**N**O HAY EN EL ORDEN SOCIAL Y político de los pueblos virtud más excelsa y sentimiento más noble que el amor a la Patria. El es el talismán misterioso que regenera, redime y hace prosperar a las naciones, a él se deben los más sublimes y prodigiosos pensamientos en cualquiera manifestación de la vida; por él se exalta la inteligencia, se arraiga la moral y la fraternidad se consolida y se estrecha.

Frente al materialismo y al hedonismo que impera en la sociedad moderna, es necesario proclamar el deber sagrado de amor a la Patria. Puesto que este amor se funda en la misma ley natural.

El amor a la Patria, es el alma de la fuerza pública. Ese amor lo posibilita todo y ennoblece las más humildes tareas. Efecto de este mismo amor, jamás se abusa de las armas, sino que se las honra recordando que el hombre armado no debe ser un bruto armado. Por esto, en el militar, el honor es inseparable de la valentía. El honor vela

sobre sus acciones, aún frente al enemigo. Jamás se deshonra hasta el punto de olvidar que el enemigo es hombre. La ferocidad, la crueldad, la baja vida viven alejadas de su pensamiento. Honra el uniforme, la bandera y la Patria, batiéndose como se baten los buenos.

En esto todo verdadero militar es un caballero. Sin miedo lo es, pero no sin escrúpulos. No puede decirse que para él no hay nada sagrado. Tanto le interesa no merecer censuras como no tener miedo, y siente con entera claridad que el interés más elevado de la Patria es que la defiendan manos puras y leales.

Existen cuestiones que es necesario dilucidar, porque de ello depende la determinación de nuestra conducta. Entre ellos, en primer término, encontraremos la cuestión autoridad. Se enlaza íntimamente con la de la ley y, por consiguiente, no hay un sólo rincón de la vida, público o privado, en que no se presente.

Puede considerarse desde el punto de vista del que la mantiene y ejerce o del que se somete a ella. Y si se quiere considerar las cosas a fondo, todo hombre se halla, alternativamente, colocado en uno o en otro de estos puntos de vista. Es casi imposible que en la vida, por poco normal que sea, no haya que obedecer y que mandar a un tiempo.

Son dos funciones sociales que no aparecen la una sin la otra y que debemos apreciar, amar y respetar ambas a dos. Obedecer bien y mandar bien son cosas igualmente grandes. La salud moral no puede subsistir sino cuando las dos funciones se cumplen regularmente.

Autoridad es, en primer término, el ascendiente de la ley. Esta, suponiendo que sea racional y justa, es decir, que se inspire en la realidad, siempre como necesaria.

En todo hay que conformarse a las leyes, respetar su autoridad o sufrir el castigo consiguiente. Este castigo es, las más de las veces, deducción fatal de la desobediencia, sin que el hombre tenga siquiera intervención en ello.

El sentimiento de la autoridad es elevada cualidad moral y cívica, al propio tiempo que indicio de razón y prudencia. Hay que tener un poco de mala cabeza para pensar que sea posible la vida si los hombres no observan unos con otros miramientos y reglas que eviten mutuos prejuicios. La familia en que domina el sentimiento de autoridad posee un gran tesoro. El mismo sentimiento es una fuerza social de primer orden. Es conveniente añadir que entre los hombres todos, en las diferentes edades, experiencia, saber o poder, el sentimiento de la autoridad está en la convicción casi instintiva de que hay cosas que es necesario no mover de su sitio y respetar, como se respetan los linderos del campo y las leyes naturales. Este respeto realza nuestra dignidad y nuestra fuerza.

El sentimiento de autoridad se traduce por la deferencia, la veneración a las personas que tienen con-



sejos que darnos, orientaciones, órdenes, o que por su edad, su distinción intelectual o moral tienen, con respecto a nosotros, superioridad evidente.

Cuando la autoridad se extiende, la responsabilidad aumenta. De suerte que podría decirse que el hombre está tanto más sujeto cuanto la ley le confía una parte más considerable de autoridad. Por lo que, para ser ejercitada rectamente, la autoridad exige de nosotros miramientos de una parte, obediencia de otra. De ahí que, el que no se siente, en su conciencia y en su fuero interno fiel servidor y observador de la ley que está llamado a imponer a los demás, carece de la que es condición esencial del verdadero jefe.

Esta condición ha de ser difícil de cumplir. Ocurre, a veces, que aquellos que mandan, piensan en efecto que ellos y su voluntad son la ley. Por ello, cuando se mezcla el amor propio y la autoridad, se eclipsa la ley y se la hace provocativa y odiosa.

Por lo tanto, nunca en nombre de su persona manda nadie, sino en nombre de la ley, de la justicia, del buen sentido, de un orden superior, en fin, que no hace más que transmitir y al que se siente él mismo estrechamente sometido.

Una segunda condición, es que el que manda sepa perfectamente su obligación y pueda colocarse con facilidad en el lugar de aquellos a quienes da órdenes. Para que esta doble condición se cumpla, es casi indispensable que todo jefe haya servido en puestos inferiores. Jamás se conoce bien lo que sólo se ha visto desde arriba; es preciso haberlo visto igualmente desde abajo, para conocer lo de arriba y lo de abajo. Si nunca se ha hecho un trabajo, se ignora el tiempo y el esfuerzo que son necesarios para ejecutarlo, y se corre el riesgo de exigir demasiado o muy poco. Si nunca se han recibido órdenes, y si no se ha visto doblegado el ser humano ante una autoridad es difícil que sepa lo que pasa en la mente de aquellos cuya suerte y cuyo deber consisten en obedecer.

**C**UANDO LA AUTORIDAD DEJA QUE de-sear y la obediencia no es buena, aparecen los rozamientos, injusticias, que enturbian las relaciones, y de aquí resultarán en primer término dificultades y malestar dando a la larga verdaderos desórdenes.

La equidad nos obliga a reconocer que la autoridad, aún siendo buena y justa, puede por lo demás estar viciada por mal espíritu de los subalternos. Los hombres dependen unos de otros; es error pueril pensar que los que obedecen dependen de los que mandan, y no comprender hasta qué punto los que mandan dependen de los que obedecen.

Todo subalterno anhela tener un buen jefe y recíprocamente, todo jefe desea tener un excelente subalterno. Es cosa que maravilla observar lo bien que todos comprendemos los deberes de los demás. El ideal del perfecto subalterno está en el espíritu de los que mandan. Sueñan con personas abnegadas, fieles en el cumplimiento de lo mandado, siempre amables, pacientes en el esfuerzo, rápidos en la ejecución de las órdenes, etc.

Si se pregunta a los subalternos, se comprende pronto que les es familiar el ideal del jefe perfecto. Le sueñan previsor, sabedor de todo, cuidadoso

del bienestar del subordinado, justo, humano, etc.; en una palabra se pide que sea perfecto.

Pero antiguos proverbios muy sabios dicen: a tal amo, tal criado, y al contrario. Siempre se tiene el gobierno que se merece. De donde hay que deducir, que salvo casos excepcionales, los buenos amos hacen los buenos servidores; los jefes, buenos soldados; los buenos maestros, los discípulos de nota. Pero por justo cambio también los buenos alumnos hacen los buenos maestros; los soldados, los buenos oficiales y los criados, los buenos amos.

Los que, por su inteligencia, su valor moral, su ardor y su bondad, merecen ser considerados jefes tienen derecho a nuestra adhesión toda y de esta forma podrán coordinar nuestras fuerzas y guiamos con orden y concierto a luchas bien dispuestas y a tareas prudentemente ordenadas ■

